

LA VOZ DE LA CARIDAD.



NUM. 52.—1.º de Mayo de 1872.

*Dios es caridad. (San Juan
Epíst. I, 4, 8.)*

LA CARIDAD EN LA GUERRA.

Nuestra mano tiembla al trazar estas líneas, y lágrimas tristes caen de nuestros ojos. Los compatriotas, los que son dos veces hermanos corren á las armas, y esos campos, cubiertos de flores y de verdura por la mano de Dios, van á ser ensangrentados por la ira de los hombres. Ha sonado el grito mas terrible que pueda salir de labios humanos; ha sonado el grito de ¡Guerra! y que el combate dure dias, semanas ó meses, habrá sangre y duelo y desolacion. Al preveerla, al sentirla, no hacemos cálculos ni inculpaciones; no traza estas líneas, ni el pensador que medita, ni el juez severo que acusa, sino la mujer que llora, y desolada esclama: ¡Socorro á los heridos!

¡Voluntarios de la caridad! acudid á su llamamiento; que su dulce voz se deje oír entre las roncadas voces de la ira, y que el bálsamo de su amor caiga sobre las heridas abiertas por el odio. Que al dolor de los desastres, no tengamos que añadir el horror y la vergüenza de ver dureza y crueldad.

Alejad de esos campos que se llaman del honor, la infamia de ensañarse con los vencidos, y de no tender la mano al que yace por tierra. Enarbolad vuestra bandera blanca con cruz roja, símbolo de paz, de sacrificio y de piedad. Recordad despues del combate el hermoso lema de nuestra asociacion: LOS ENEMIGOS, MIENTRAS ESTAN HERIDOS SON HERMANOS. Hermanos. ¡Ah! Lo eran; unidos estaban ayer por dobles lazos, los de la humanidad y los de la patria, esos que hoy rompen todos al empezar esta lucha, dos veces fratricida.

¡Acudamos todos los que sabemos compadecer; la humanidad nos llama; nos llama el honor verdadero; nos llama la patria dolorida, para que restañemos la sangre que corre de sus heridas numerosas. Que ninguno desoiga su gemido; que su voz vaya á encender

en amor santo hasta los corazones mas tibios, como despierta el estruendo de la artillería los ecos dormidos de las montañas!

¡Y vosotras, mujeres, sexo piadoso y amante, mientras los hombres se levantan en armas, elevad vuestra alma á esas regiones serenas, donde se halla escusa para todas las faltas y compasion para todos los dolores! ¡Acudid con vuestro vendaje para los heridos; con vuestro ruego piadoso para desarmar la cólera implacable; fraternizad con todos los que sufren, llorad con todos los que lloran, y así Dios os colme de bendiciones, de modo que veais los largos años de vuestros padres, y que no sobrevivais á ninguno de vuestros hijos!

Concepcion Arenal.

Suscripcion á favor de los heridos en los combates que se den en España durante la lucha que ha empezado.

LA VOZ DE LA CARIDAD.....	320
C. A.....	20
A. G.....	20
Del donativo de la Sra. Condesa de Krasinski (1).....	4.000
	<hr/>
	4.360

Las personas que quieran contribuir á esta caritativa obra, pueden llevar sus donativos, si son en metálico, á la calle de Hortaleza, núm. 5, Almacen de papel; si consisten en hilas, trapos, ropas, etc., á la Redaccion de LA VOZ DE LA CARIDAD, DOS AMIGOS, 10, 2.º izquierda.

EN NOMBRE DE LOS POBRES, A.....

Doña A. M. de J. Las encargadas del ropero miraban con pena el baul de los pobres casi vacío, porque parece como aquel recipiente de la fábula, sin fondo, que deja salir por debajo cuanto por arriba recibe. Por debajo está la mísera desnudez, aplicándose inmediatamente lo que la caridad le ofrece. V. ha acudido, con su lio de ropa en muy buen estado, á evitar la tristeza de oír y de decir *no hay*

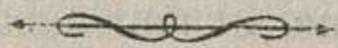
(1) En nuestro próximo número daremos cuenta á nuestros lectores de este donativo.

nada cuando se ve una necesidad urgente. Dios la bendiga por su buena obra, lo mismo que á la persona que, ocultando su nombre, nos ha enviado un paquete de ropa de niño muy aprovechable y oportuna para este tiempo, en que muchos no se ponen de corto por no tener con qué.

D. R. S. T. Si se pudiera decir de quién proceden los 60 reales con que V. socorre á nuestros pobres, y que le agradecemos en el alma, sería el donativo al propio tiempo una gran leccion. En el dia de aquella horrible tragedia, ¿quién hubiera dicho al desventurado protagonista que habia de darnos limosna, ni á nosotros que habíamos de recibirla de él? Esto prueba que á todo atribulado que en el exceso de su dolor esclama: ¿Para qué estoy en el mundo? se le puede contestar: Para hacer bien.

Doña M. C. Hemos recibido el real, con el mismo piadoso respeto que el donativo anterior. Obolo de la pobre ciega, que si no ve la luz del sol, refleja en su alma los divinos resplandores de la caridad.

CONFIDENCIAS DE UN PRESO.



Carta quinta.

Hermano mio: Puesto que tan cariñosamente me lo exijas, seguiré escribiéndote. Lo habia suspendido por un sentimiento de rubor. ¿Qué derechos puedo tener ya para que nadie me conserve cariño, ni siquiera compasion?

Mi primer delito pudo hallar alguna excusa en el acaloramiento irreflexivo de un momento de cólera, pero mi conducta posterior en la cárcel conozco que no merece disculpa. Por eso, inficionado ya de aquella atmósfera perniciosa, reducido á la miserable condicion de ser un malvado, descreido, iracundo y vicioso, no queria, por un resto de respetuosa consideracion hácia ese puro hogar doméstico, llegar hasta él con los ayes y las quejas de un infeliz que tiene merecido cuanto sufre, aunque sufra mucho.

Pero no puedo ser insensible á tus ruegos. Tú, siempre bueno y siempre indulgente conmigo, me pides que te continúe sin reserva alguna la triste relacion de mis desventuras; tú me sostienes con tus consejos; me alientas con tu fraternal afecto..... ¡Ah! ¿Por qué no te tengo á mi lado? ¿Por qué no puedo al menos verte con frecuen-

cia? Tu voz sería mas poderosa que todo lo malo que me rodea: ella me inspiraría una energía que no tengo, una resignacion que entreveo sería grandísimo consuelo, y una mirada hácia ese buen Dios que tengo tan olvidado, porque nadie piensa ni recuerda á Dios en nuestras cárceles.

Pero dejo estas reflexiones para continuar la relacion harto triste de mi vida. Ante todo, por si no ha llegado á tu noticia el recado verbal que te envié por medio de mi abogado defensor, te diré que se ha operado en mi destino la crisis mas decisiva, y ella te explicará por qué fecho esta carta en el pueblo que ves.

Mi proceso se terminó despues de 22 meses; he sido condenado á 17 años de presidio y estoy en camino para mi nuevo destino. He dado, pues, un paso gigante en la carrera de la desventura, descendiendo al último grado de las gerarquías sociales. Soy un *presidiario*, quizás para siempre, porque aunque no soy viejo, desconfío de poder sobrevivir á 17 años de tan miserable existencia.

Esa crisis fue mas terrible de lo que puedes figurarte. No te ocultaré que mi primer movimiento al llamarme para oír la notificación de la sentencia fue de espanto y de terror. Eso de oír la sentencia de muerte con serenidad queda para los héroes, ó acaso para esas almas privilegiadas, que tienen la felicidad de poseer una conciencia pura y una ardiente fe religiosa. Entraba, pues, en la sala del juzgado temblando de que se convirtiese para mí en capilla ó antesala del patíbulo. ¡Tormento atroz los pocos minutos que trascurren desde que se le dice á un preso: «Oiga V. su condena,» hasta que oye que de esa condena salva al menos la vida, si ha temido perderla, como yo realmente lo temia!

El sentimiento del amor á la vida reanimó todo mi sér al oír *presidio* y no *muerte*. Incompetente yo para apreciar los complicados motivos de la jurisprudencia criminal, aunque mi defensor me habia dado esperanzas, mi conciencia me gritaba que merecia la muerte, puesto que la habia causado á otro, y por lo tanto el presidio, aunque fuese por tantos años, me pareció al pronto una gracia.

Pero despues de este triunfo de mi defensor, á quien nunca podré pagar lo que ha hecho por mí, cuando, seguro ya de conservar la vida, empecé á reflexionar sobre lo que iba á ser esa vida, los 17 años de presidio se me presentaron en todo su horror. Adios á la existencia libre de los hombres honrados; adios á los goces puros y legítimos que es permitido tener en este mundo: en adelante vestiré el trage del criminal; la sociedad me rechazará de su seno durante los mejores años de mi vida; y si sobrevivo á ellos, el sello de la infamia y de la repulsion me seguirá hasta el sepulcro. ¡Oh! ¡Si pen-

sasen en esto los que empuñan airados un arma homicida, ó ceden á una culpable tentacion de codicia para tomar lo ageno!....

En esta grande tribulacion, vislumbraba que podria haber aún para mí un consuelo supremo; el sentimiento religioso, que hiciese de mi pena una espiacion meritoria: pero en mi alma estaban adormecidos los buenos sentimientos, á fuerza de no ver mas que los malos en todo su desarrollo. En vez de aquella idea santa que nadie me ayudaba á sostener, mis compañeros de prision me exigieron, segun las costumbres carcelarias, que les diese el *convite de la burla al señor negro*, que así llaman al verdugo en el lenguaje cínico de la cárcel; es decir, que celebrásemos con una orgía de aguardiente, el haberme libertado de las manos del ejecutor de la justicia.

Pasó aquel último infame festin, en que se oyeron chistes y canciones que mi pluma se resiste á consignar. A los pocos dias me separé de mis compañeros de prision, sin pena suya ni mia, y emprendí el viaje para el presidio, distante 40 leguas, á pie, atado codo con codo, y custodiado por una pareja de Guardia Civil.

Era un dia hermoso de invierno, cuya temperatura estaba templada por un sol vivificador. Al salir al campo experimenté una sensacion de bienestar inesplicable. En los patios y cuadras de la cárcel penetraba escasa luz y poca ventilacion; mi vista se limitaba al recinto de los muros, y la atmósfera infecta de aquel sitio, envenenaba tanto mi cuerpo como mi alma. Ahora me veia en el campo, aspirando á bocanadas aquel ambiente embalsamado, lanzando mis ojos hácia panoramas deliciosos, haciendo un ejercicio preferible á la forzada inmovilidad de la cárcel, y gozando, en fin, de ver la compañía repugnante de los presos reemplazada por el aspecto grave, pero no inhumano, de los dos guardias civiles, que no me trataban mal.

Tales fueron las sensaciones de mi primer dia de viaje; el segundo, sin embargo, fue ya muy diferente. Habia andado en aquel cinco leguas y en este cuatro; el cansancio empezaba á fatigarme, por efecto principalmente de la falta de costumbre; mi calzado roto y mis pies hinchados me hacian sufrir mucho. Cambió el tiempo; soplabá un viento frio y penetrante, al cual siguió una lluvia copiosa que llegaba hasta mis huesos, por tener escaso abrigo con que defenderme. Estábamos en una carretera solitaria, sin casas ni árboles siquiera que nos cobijasen.

Para mayor escarnio de la suerte, llegamos al cruce del camino de hierro á tiempo que venia un tren de viajeros. Pasó rápido ante mis ojos, y distinguí los pasajeros cómodamente sentados en sus coches, y hasta caballos y perros resguardados en sus cómodas jaulas. Aquel tren llevaba la misma direccion que nosotros; al dia si-

guiente habria llegado, sin fatiga alguna de los viajeros, al punto mismo á donde yo debia arribar despues de un mes de la mas penosa carrera.

¡Tan costoso sería un rincon cualquiera en el último carruaje del tren, para el pobre preso que va á pie y para los sufridos guardias que le custodian! Hay coches para mercancías, para caballos, para perros, y hasta para los animales mas inmundos. Para el pobre presidiario no hay mas carruaje que la carreta fúnebre, pero es solo para llevarle al Campo Santo el dia en que muere.

Transido de frio, calada la ropa, con los pies llenos de llagas y pudiendo apenas andar, llegué á este pueblo, donde debia detenerme. Aquí me esperaba un cruel recibimiento. A la entrada del mismo estaba la gente moza divirtiéndose en una romería. La alegría y quizás el vino hacia á aquellos hombres burlones y duros, acaso sin serlo realmente? Al verme entre los guardias, en vez de tenerme compasion me creyeron sin duda un gran facineroso, y empezaron á dirijirme palabras insultantes; *Valiente bribon será!* decia uno. *Tiene cara de asesino,* añadia otro. *¿Por qué llevarán sin cadena esas fieras?* preguntaba una vieja. *No es menester cadena,* respondia un grave aldeano, *porque á la menor tentativa que haga para escaparse, los guardias civiles, que llevan siempre las carabinas cargadas, le pegarán un tiro, y acaso lo hagan asi sin que se escape, si es algun criminal de importancia.* Tales eran las palabras que llegaban á mis oidos, enrojeciendo mi rostro de vergüenza, de rabia y de indignacion.

Al fin me metieron en esta cárcel, donde te escribo, que no es cárcel ni lo parece. Es un cuartucho oscuro, húmedo y hediondo, que está casi subterráneo debajo de la casa consistorial. Aquí me han dicho que he de estar tres dias, hasta que llegue el de la entrevista de los puestos de Guardia Civil, que me conducirá á otro pueblo.

Como esta mazmorra es insegura, y ha ocurrido recientemente la fuga de otro presidiario que la ocupó, segun he oido, el Alcalde, en descargo de su responsabilidad, me ha hecho poner grillos y ha colocado, junto á la única pequeña reja que da á la plaza, un paisano con escopeta para que haga centinela, habiéndole dado la consigna, en voz alta para que yo la oyera, de que si ve sóspechas de fuga, haga fuego al interior de la cárcel, y grite luego pidiendo auxilio.

Echado sobre un monton de paja húmeda, única cama que tengo, siento rabia, dolor físico y pena moral. Tengo el alma desgarrada. Comprendo los 17 años de presidio; esta es mi condena: pero no ese via-crucis de vejaciones, de tortura y de humillacion, que no entran en la sentencia, que son una agravacion de ella, y que irritan y sublevan al infeliz que la sufre.

Ocultas esta carta á nuestro buen padre. Si llego vivo al presidio, te escribiré desde allí. Adios. Tu infeliz hermano, *Julian*.

CONTESTACION A UN OBRERO.

Muy Sr. mio: Firmada por *un obrero bachiller* hemos recibido una carta, en la que se hacen algunas observaciones sobre la veintiuna de las que escribimos á un obrero. Por no saber cómo dirigir la contestacion, se la daremos á V. por medio de nuestra Revista.

Celebramos que se halle V. conforme con la mayor parte de lo que decimos sobre impuestos, sintiendo que el de consumos no le parezca tan malo como es. Como hemos de hablar de él con mas estension despues que terminemos las *cartas á un obrero*, no diremos mas por hoy.

Tiene V. muchísima razon en decir que la idea de justicia excluye todo género de violencia y arbitrariedad; pero como arbitrariedad y violencia hay cuando falta moralidad y orden, el fallo injusto es mas de temer para el pobre que para el rico, ya porque aquel tiene menos medios de hacer valer su derecho, ya porque, si se le niega, sufre mayor perjuicio por regla general.

La justicia es necesaria para todos, fuertes y débiles, porque la sociedad no puede prosperar ni aun vivir sin ella: pero las primeras víctimas de la injusticia son los débiles; los fuertes tienen mas medios de evitarla. Por ejemplo, en un litigio ante un Juez venal, ignorante, ó mas atento á buscar su provecho que la justicia, ¿quién tiene mas peligro de ser víctima de un fallo injusto, el rico ó el pobre? En este sentido hablamos con Juan, conviniendo con el obrero anónimo en que *la distribucion equitativa* de la justicia es esencial, es la justicia misma.

En cuanto al mayor interés que tienen los pobres en que las cárceles y los presidios estén organizados para corregir y no para depravar, nos parece tambien evidente. De los miles de hombres que entran todos los años en la cárcel, la gran mayoría son pobres, porque pobre es la gran mayoría de los habitantes de un país; porque los pobres, al delinquir, chocan mas abiertamente con las leyes y se sustraen á su rigor con mas dificultad. Además, con lo falible de la justicia humana; con la desdichada facilidad con que se reduce á prision por causa leve; con el rigor de las leyes militares; con nuestras divisiones, combates y guerras intestinas, ¡cuántos hombres honrados no van á las cárceles y á los presidios! El que lo sea mas, no puede considerarse enteramente á cubierto de semejante desdicha;

y no solo por humanidad sino por propia conveniencia, debe desear la reforma de los Establecimientos penales. Tenga V. presente que Juan es una colectividad.

Puede V. hacer cuantas observaciones guste sin temor de ser importuno; las satisfaremos hasta donde nuestra inteligencia alcance, siempre con buena voluntad, y con el respeto que tiene á la opinion agena, quien no cree infalible la propia.

Su atenta servidora Q. S. M. B.

Concepcion Arenal.

LA CARIDAD EN HELLIN.

Damos cabida con mucho gusto en las columnas de nuestra Revista al siguiente resumen, que revela que el hospital de Hellin sigue sosteniéndose con una administracion sencilla y celosa, como conviene á establecimientos de su índole. ¿Por qué en todos los pueblos no ha de haber un asilo para el dolor y la enfermedad del pobre, por el estilo del que la Junta Directiva de Hellin y la caridad de su vecindario sostienen en aquella ilustrada villa? No es esta la única prueba que tenemos de que Hellin es uno de los pueblos mas caritativos de España.

Junta Directiva del hospital de Hellin.

RESUMEN general de los gastos é ingresos y del movimiento de enfermos en el Hospital de Hellin, desde el dia 10 de agosto de 1859 en que fué reinstalado dicho establecimiento y nombrada su actual Junta directiva, hasta el 30 de setiembre de 1871.

RESUMEN DE GASTOS É INGRESOS.	Pesetas. cénts.
Ingresos por todos conceptos.....	40.049,41
Gastos por id. id.....	36.521,56
Existencia en 30 de setiembre de 1871.....	3.527,85
<i>Total de estancias causadas.....</i>	25.336,00

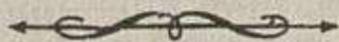
MOVIMIENTO DE ENFERMOS.	Hombres.	Mujeres.	TOTAL.
Han ingresado.....	806	534	1340
Han curado.....	634	398	1032
Han fallecido.....	175	123	298
Existencia en 30 de setiembre de 1871.....	4	6	10

NOTA. Los anteriores resúmenes están tomados de las cuentas mensuales, y de los estados trimestrales y semestrales que se esponen periódicamente al público, y se conservan en la Secretaría del establecimiento á disposicion de todos los bienhechores que los quieran consultar.

La Junta directiva, al dar conocimiento al público de la situacion de este Hospital, no puede menos de bendecir la mano de la Providencia que le protege, y la caritativa cooperacion de los vecinos de este pueblo que lo socorren con sus limosnas, por las cuales en nombre de los pobres acogidos les da la Junta este solemne testimonio de justo agradecimiento.

Hellin 30 de setiembre de 1871.—El Presidente, *Diego Ibañez*.—El Vocal-Depositario, *Dimas Garcia*.—El Vocal-Secretario, *José Maroni y Patiño*.

LA CUESTION SOCIAL.



CARTAS Á UN OBRERO.

Carta veintitres.

Apreciable Juan: En mi última carta te anuncié las graves cuestiones que teníamos que tratar en las sucesivas: tal vez habrás notado, y si no, quiero hacértelo notar yo, que en la lista de las cosas que teníamos que discutir no estaba la mas importante, la que influye en cada una, la que las envuelve todas, la que rodea nuestra alma como la atmósfera rodea nuestro cuerpo: la religion.

El primer motivo que tengo para no hablarte largamente de religion, es mi insuficiencia; el temor de no tratar el asunto como debe ser tratado, con la profundidad y elevacion que necesita, con la ciencia que requiere. No hallando yo todas las razones que hay para

persuadirte, creerias que no habia mas de las que te daba, y confundirias la causa, con la debilidad del campeon que la defendia. El segundo motivo es mi falta de autoridad, porque siendo mujer no la tengo en cosa alguna que sea grave, y en tratándose de creencias, para la mayor parte de los hombres seré sospechosa de error, de fanatismo, de supersticion, que así llaman á la fe los que no la tienen: el no haberla perdido se considera como una de las debilidades del sexo. ¡Ay de ti, Juan; ay del mundo y del porvenir de la humanidad si las madres, las hijas y las esposas no creyeran en Dios; si en medio del soplo glacial del escepticismo, no mantuviesen en su corazon el fuego sagrado; si en la tempestad no salvaran el arca santa; si no opusieran á las negaciones sofisticas, una afirmacion sublime, incontrastable, y no proclamaran muy alto que el sol no deja de brillar en el cielo, porque un eclipse momentáneo prive á la tierra de su luz! ¡Ay del hombre el dia en que la mujer no crea en Dios! Pero ese dia no llegará; la mujer atea es una especie de mónstruo, y los mónstruos son escepciones raras; si una mitad del género humano no ve mas que la tierra, y la ensangrienta y la aflige, la otra mitad volverá siempre los ojos al cielo, y la blasfemia del hijo, será perdonada por la oracion de la madre.

He leído en alguna parte, que hay navegantes en buques muy sólidos, de una construccion particular, que en las borrascas cierran las escotillas, abandonan el barco á merced de las olas, y se embriagan. Cuando el huracán cesa y el mar no brama ya, suben sobre cubierta, se orientan, ven dónde están, y se dirijen á donde deben ir. Algo se parecen á ellos los pueblos en esta hora; en la tempestad de sus iras, tambien se encierran dentro de sus errores y se embriagan. La tempestad pasará; los hombres, sintiéndose impulsados á dirijirse á donde deben ir, preguntarán dónde se hallan; aquellos que han conservado la fe en Dios les responderán, y su respuesta será para estas almas desorientadas, lo que es la brújula para el marino.

Debo hacerte notar, Juan, que aunque la mujer sea mas piadosa, no es la única que cree; pensar que solo los ignorantes tienen fe, es una gran prueba de ignorancia. La impiedad, que hace un siglo aparecia arriba, hoy ha descendido á las capas inferiores, y lejos de indicar saber, denota falta de ciencia: es como una densa nube que de los altos montes ha descendido á los valles, robándoles la luz del sol, que brilla ya esplendente en la cima de las montañas. Ni la ciencia, ni el arte en ninguna de sus manifestaciones, es hoy atea; si pudieras leer lo que se escribe, verias que los que piensan, creen en algo, que por lo menos dudan, y que esas afirmaciones impías no son

de nuestro siglo, mucho mas religioso de lo que se supone. La impiedad ha bajado de las academias á la plaza pública; hace mas ruido y da mas escándalo, pero no tiene tanto poder. Sábelo, Juan, no la fe, sino la impiedad, es hoy cosa de ignorantes; si imaginas darte importancia diciendo que no hay Dios, te rebajas por el contrario, porque los hombres que mas valen, creen en Él. Deseo, porque te deseo todo bien, deseo que cuando seas anciano, débil, ó por cualquier motivo desdichado, crean igualmente los que esten cerca de ti, los que puedan consolarte.

Ahora vamos á tratar de la *igualdad*, que solo incidentalmente tocamos en aquella carta en que procuré demostrarte que la miseria es lo que debemos combatir, no la pobreza, que es ley económica del hombre. Necesario fue allí decir algo sobre la igualdad; necesario es hoy discutirla mas á fondo. Bien quisiera evitarte repeticiones, pero están en la índole del asunto, y espero que no las llesves á mal en materia tan grave, donde la utilidad es lo primero, y lo último la hermosura del plan y las galas del estilo.

Cuatro son las principales causas de la desigualdad entre los hombres.

- 1.^a La conquista.
- 2.^a El error.
- 3.^a La injusticia.
- 4.^a La naturaleza.

La conquista ha sido hasta aquí fuente perenne, abundante y turbia de inícuas desigualdades. Los conquistadores se establecian en el país conquistado, se apoderaban de todo ó de la mayor parte del territorio, y gozaban en holganza, de los bienes y del trabajo de los conquistados. Los señores, la mayor parte al menos, han sido por muchos siglos los descendientes de los vencedores; los pobres, los descendientes de los vencidos: los primeros eran la nobleza, los segundos la plebe. En pocos pueblos de Europa dejará de haber algun vestigio del origen de esta desigualdad, y en Inglaterra, por ejemplo, muchos magnates hay todavía que descenden de los conquistadores normandos.

Esta causa de desigualdad ha desaparecido. Ni las guerras son ya de conquista, ni el conquistador, aunque existiera, tendria la pretension de formar una casta aparte al tomar posesion de la tierra conquistada. En las provincias que la Prusia arranca á la Francia, los soldados prusianos no han despojado de sus bienes á los ciudadanos franceses; no se han sustituido á ellos condenándolos á la servidumbre y erigiéndose en clase superior y prepotente. La victoria no está del todo sorda á la voz de la justicia; la violencia se

detiene ante el derecho; y la conciencia general sirve de dique al desbordamiento de las pasiones anti-sociales. Progreso notable: la guerra causa dolores, ¡oh, muy grandes! es fuente de crímenes é injusticias, pero al menos, no establece castas que perpetuen la herencia de iniquidad.

El error da tambien origen á las desigualdades sociales. El hecho repetido, constante, aparece como una ley que hace callar la conciencia, y ofusca entendimientos claros, génios de primer orden, para los que la mayor de las desigualdades entre los hombres, la esclavitud, está en el orden de las cosas. El hecho, cuando es universal y constante, de tal modo reviste las formas del derecho, que parece injusticia negarle título legítimo; tiene tal fuerza, que parece temeridad atacarle; y si los heróicos temerarios, mártires tantas veces, que han negado á las seculares injusticias de los hombres el carácter sagrado de leyes de Dios, merecen bien de la humanidad, debemos ser tolerantes, y no negar buena fe á los que no pueden sacudir el peso de los siglos, ni tener por malo lo que ellos han tenido por bueno.

Donde hay castas, las que oprimen se creen de buena fé superiores á las oprimidas, y ven tan claro su derecho á servirse del hombre inferior, como nosotros vemos el de utilizar como mas nos convenga las fuerzas del buey ó del caballo. Sin llegar á este extremo, cuando es muy marcada y muy permanente la diferencia de clases, las elevadas creen en la inferioridad innata de la plebe; tienen por inevitable su abyeccion; llaman lazos necesarios á los pesados eslabones, orden de las cosas al de sus ideas, y quieren justificar á la Providencia haciéndola la mayor de las ofensas, que es mirar como obra suya, males que son el resultado de la infraccion de sus leyes. Los que tienen por inevitable y justa la situacion de los caidos, ¿cómo han de trabajar eficazmente por levantarlos? En algunos casos, la generosidad de los sentimientos hará faltar á la lógica de las ideas; habrá una hermosa contradiccion entre lo que se piensa y lo que se hace; pero la regla general será, que la pereza y el egoismo se acomodarán bien con una teoría que los releva de todo trabajo, de todo sacrificio, y nada harán para acercar á sí á los que creen separados por el abismo de la necesidad. El número de estas personas no es corto, aunque disminuye cada dia; tenlo presente, Juan, por si hallas en tu camino alguna que te hiera con su manera de ver las cosas: no le niegues buena fe; piensa que se equivoca simplemente, como es probable que te equivocarás tú si te vieras colocado donde está.

La injusticia es otra causa de desigualdad. Hay personas que se levantan por malos medios; que una vez elevados, si no perseveran

en su mal proceder, por lo menos no hacen nada para hacerle olvidar, neutralizando con buenas obras aquella culpa á que deben su fortuna. No es raro que con soberbia é infatuacion, den á entender la distancia que los separa de los que fueron sus iguales, y leguen á sus hijos, juntamente con un capital cuantioso, una suma no pequeña de desden injusto.

De estas tres causas de desigualdad, la conquista, como te he dicho, no existe.

El error se disminuye cada dia.

La injusticia se retira mas despacio, y deber tuyo, y mio, y de todos, es, no tener con ella ninguna especie de complicidad; quitarle todo apoyo; dar á la moral fuerza de ley, de tal modo que el que contra ella quiera elevarse sobre los otros, caiga mas abajo que ninguno.

El cuarto origen de las desigualdades sociales, es el que viene de la naturaleza. No será necesario esforzarme mucho para probarte que los hombres no nacen iguales: ves hermanos que reciben la misma educacion y se hallan en idénticas circunstancias, ser diferentes, si no ya del todo opuestos. Uno es tímido, osado el otro; este sensible y cariñoso, aquel despegado y duro; quién se ajusta á las reglas de la probidad, quién las pisa y rompe todo freno. En las aptitudes no existe menor diferencia: desde el estúpido hasta el hombre de génio, hay una escala con gran número de gradaciones; y aun en personas cuya capacidad puede llamarse equivalente, las aptitudes son muy diversas. Uno tiene habilidad para obras mecánicas; otro disposicion para las artes; el de mas allá, aptitud para las ciencias. En estas grandes divisiones, hay subdivisiones y variedades numerosísimas. En las artes, el pintor no es músico; en las ciencias, el naturalista no es matemático; y en los trabajos manuales, aunque es mas fácil educarse y menos necesaria la disposicion especial, habrás notado que hay muchas.

Antes de pasar adelante, y hablando de aptitudes y disposiciones naturales, debo esplicarte cómo las entiendo yo. Suele decirse: *tal cosa es conforme á la naturaleza; tal otra, contraria á ella. Esto es natural; aquello, no.* ¡Natural! ¿Dónde y cuándo? Porque lo que es natural en los salvajes, no lo es en los hombres civilizados; y entre estos, su natural varía con sus diferentes estados sociales. Todos esos argumentos que se sacan del pretendido *estado de naturaleza*, son absurdos, y las reglas de allí venidas, inaplicables. Cuando, pues, te hablo de las causas de la desigualdad que están en la naturaleza, es esta que tienes y tenemos los que vivimos á esta hora en el mundo civilizado; de esta hemos de sacar consecuencias; conforme

á ella hemos de sentar principios y establecer reglas. De aquí á diez ó á veinte siglos, parecerán y serán naturales cosas que hoy no lo son ni lo parecen; fáciles las que hoy son imposibles; y lo que es mas, injustas las que se tienen por equitativas hoy. Hemos de ser muy parcos, Juan, al usar de las palabras *siempre* y *nunca*, y muy atentos á no meternos á profetas sin estar inspirados. ¿Quién sabe lo que guarda el porvenir? Estudiemos el presente, sin quitarle la esperanza, ni darla por realidad.

Hecha esta aclaracion, reflexionemos, y habremos de convencernos, que la mayor suma de igualdad posible se alcanza en el estado salvaje, y que la civilizacion lleva consigo indefectiblemente la desigualdad; y aun he llegado á sospechar yo, que esas tribus salvages, que por incivilizables perecen, no pudiendo sostenerse enfrente de pueblos muy adelantados, son tal vez razas absolutamente refractarias á las desigualdades indispensables á toda civilizacion.

Cuando los hombres se ven obligados por la necesidad *absoluta* á tener un género de vida *idéntico*, á ejecutar todos los dias las mismas cosas indispensables y fáciles, las diferencias de su natural no pueden ponerse en relieve, y solo deberán notarse las que hay en el corto número de facultades que ejercitan. En una tribu salvaje, todos los hombres se ven precisados á lanzarse á los bosques todos los dias en busca de sustento, á usar de los mismos artificios, y á dar iguales pruebas de arrojo y de constancia para apoderarse de su presa. Todos, al llegar la noche, se sienten rendidos de fatiga, y se entregan á un sueño profundo. Algo parecido se nota entre los labradores. El observador adivina afectos y facultades que permanecerán eternamente en el letargo de la inaccion. Un escritor, en el cementerio de una aldea ha saludado á *los héroes sin victoria*; hubiera podido saludar igualmente á los ambiciosos sin poder, á los filósofos sin ideas, á los pintores sin pincel, y á los poetas sin lira.

La necesidad de ocuparse en las mismas faenas, es una especie de nivelador, y puede afirmarse que en tal situacion, aunque los hombres nazcan diferentes, mueren iguales. Al decir iguales, no se entiende con igualdad absoluta, que es imposible en ninguna circunstancia, sino distinguiéndose tan solo por pequeñas diferencias.

Las desigualdades naturales, poco perceptibles entre los salvajes, se notan ya mas en los pueblos pastores. Empiezan á variarse las ocupaciones, y á ser posible alguna manifestacion de la diferencia de aptitudes: hay algunos individuos que no tienen la imprescindible necesidad del trabajo material é idéntico al de todos; pueden entregarse al reposo, á la meditacion, á esos ocios en que el pensamiento despierta, se agita, lucha y crea.

Entonces, el grande ingenio se distingue ya del hombre mediano; es astrónomo, poeta, inventa el arado y las ruedas. A medida que la sociedad avanza, el génio crea nuevas artes y nuevas ciencias, que son otros tantos caminos distintos, por donde los hombres emprenden su marcha mas ó menos dificultosa, mas ó menos productiva, y en los cuales se ven cada vez mejor marcadas las desigualdades naturales, que no podian manifestarse en el estado primitivo.

Este poder de la civilizacion para destruir la igualdad, no es sólo en el orden intelectual, sino tambien en el moral y económico. En un pueblo salvaje, los débiles sucumben, y toda la diferencia de fortunas está en la que tengan los fuertes entre sí, por su mayor destreza para la pesca y para la caza. Los crímenes son casi los mismos en todos; el robo, las consecuencias de la ira, y la horrible pasion de la venganza. Las virtudes puede decirse que son desconocidas: difícilmente se comprende que haya idea de ellas, y mas difícilmente aún que se pongan en práctica. Cuando se ve un hombre salvaje, puede asegurarse que es pobre, ignorante, ladron y vengativo; es decir, inmoral: el hombre civilizado podrá ser todo esto, pero es tambien posible que sea rico, instruido y virtuoso; tiene ancho campo donde desarrollar sus facultades, posibilidad de perfeccionarse, de ser sábio y de ser santo.

No han faltado hombres, y aun de los que se dicen filósofos, que han mirado como bello ideal la igualdad completa, que no es posible sino en el estado salvaje, y que lejos de ser el bienestar y la dignidad de todos, es la miseria y la abyeccion general.

De que la igualdad completa es absolutamente incompatible con la civilizacion, te convencerás con mirar alrededor de ti. No habria guerra, ni rebelion, ni desencadenamiento de pasiones antisociales, que causara igual trastorno al que produciria la igualdad absoluta en un pueblo civilizado, aunque solamente durase un brevísimo período. Imagínate que todos fuesen panaderos, sastres, labradores, comerciantes, zapateros, albañiles, fundidores, médicos, arquitectos, soldados, químicos, naturalistas, astrónomos, etc.; imagínate si sería posible la sociedad ni un dia, si todos quisieran hacer el mismo trabajo, y ninguno dedicarse á los restantes: ya comprendes que ni habria que comer, ni que vestir, ni que calzar, ni medios de trasladarse de un punto á otro, ni posibilidad, en fin, de existencia para nadie. La vida de los pueblos civilizados tiene por condicion imprescindible le division de trabajo, la formacion de grupos diferentes para los diferentes trabajadores, y por consecuencia, la imposibilidad de una igualdad absoluta entre ellos.

¿Cuáles deben ser los límites de esta diferencia?

¿Cuáles sus consecuencias necesarias y justas?

¿Cuáles las consecuencias abusivas que pueden evitarse?

Asunto será este de otra carta, porque esta se va haciendo ya demasiado larga.

Concepcion Arenal.

LA CARIDAD EN ACCION.

Los Amigos del Sr. Berzosa. Nuestros lectores recordarán quizás lo que les digimos en los números 26 y 36 de esta Revista, sobre aquellos quince generosos amigos del difunto Dr. Berzosa, que se asociaron para proporcionar á su viuda é hijos una renta de 6000 reales anuales.

Allí manifestamos cuánto tenia de grande este generoso propósito; hoy debemos consignar con placer que se ha realizado.

Los quince amigos, con sus recursos y con los que su celo ha recogido de otras personas, han logrado reunir 30.174 rs., que se han invertido en títulos del 3 por 100 consolidado, y para mayor seguridad se han convertido en una inscripcion intransferible en el gran libro de la Deuda del Estado, á favor de la viuda y de los hijos del Sr. Berzosa. Como además, uno de los suscritores ha dado un título del 3 por 100 consolidado de mil reales con sus cupones, y otros dos de los quince amigos han proporcionado á la familia recursos importantes de índole especial, puede considerarse completamente realizado el propósito de asegurarla una renta de 6000 rs. anuales.

La inscripcion y todo el espediente histórico de esta caritativa empresa, cuidadosamente encuadernado, ha sido puesto en manos de la viuda de un modo solemne.

¡Acto tierno y conmovedor! Allí hubo llanto de gratitud de la familia tan generosamente socorrida, lágrimas de emocion de sus favorecedores, modelos de verdadera amistad; y si nos es lícito penetrar con la fe en regiones invisibles, debemos pensar que el alma del Sr. Berzosa, gozando ya por sus virtudes en la mansion de los justos, pediria en aquel acto al Omnipotente por los bienhechores de su pobre familia.

Reciban estos la espresion del aprecio general á que se han hecho acreedores, y ¡ojalá que tengan muchos que les imiten en este modo de sentir la amistad, y de estenderla hasta mas allá de la tumba del amigo querido!